



JUAN ANÍBAL BARRÍA GARCÍA

“Siempre he sido muy orgulloso de mis raíces magallánicas”

■ Nació en Punta Arenas en 1957 y pasó 43 años al servicio del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. Embajador en Noruega y en Trinidad y Tobago, representante ante la OEA y coordinador regional de Cancillería para Magallanes y la Antártica Chilena, acaba de presentar su renuncia voluntaria. Dice que se completa un ciclo.

Por **María Pastora Sandoval**

Juan Aníbal Barría García nació en la calle Maipú, cerca de O'Higgins, en la ciudad de Punta Arenas, en una época en que nacer en casa todavía era lo que se estilaba. Corría 1957. Hijo de Armando Barría Barrientos, empleado público y comerciante de frutos del país, y de Marina García Corbett, dueña de casa de origen chilote, Juan creció entre raíces magallánicas y chilotas que nunca ha dejado de reivindicar. Estudió en el Colegio Don Bosco, luego en el Liceo San José, donde egresó en el curso Costaguana, promoción 1974, que define como una de las mejores del San José.

De ese colegio guarda también la figura del padre Héctor Muñoz Brañas, querido profesor de Castellano, a quien describe como formador de líderes y lideresas, y del que destaca: “el valor de la cultura, de la literatura, de la filosofía y del vivir conforme a principios como la honestidad, la rectitud y un firme compromiso con la libertad y el respeto a la dignidad humana”.

En 1975 postuló a la universidad. Hizo un breve paso por Economía en la Universidad de Chile, influido por la efervescencia del debate político y económico de la época, pero pronto entendió que no era lo suyo. Se cambió a Derecho, egresó en 1980 y se tituló en 1982, primero de su generación. Hizo un máster en Derecho Internacional en la misma universidad, fue profesor asistente de Derecho Internacional y dictó clases en la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea sobre temas de fronteras y derecho internacional. Nunca fue abogado litigante. Lo que le gustaba de las leyes era el método: el análisis ordenado, la lógica, la posibilidad de entender las relaciones entre los estados.

La vida en Santiago tenía



Juan Aníbal Barría fue consejero en la Embajada del Vaticano. El embajador era Máximo Pacheco, a quien califica como “un hombre de gran calidad humana”. En esta foto, saludando al Papa Benedicto.



Con sus padres, Armando y Marina, cuando recibió su diploma de abogado en la Corte Suprema en marzo de 1981.

sus propias sorpresas para un magallánico... En el invierno, la falta de calefacción en la facultad lo hacía tiritar. Sus compañeros no entendían que alguien de Punta Arenas pudiera quejarse del frío, pero él tenía la respuesta: en Magallanes hay calefacción y en Santiago, no. Y en verano, al revés: el calor santiaguino le producía un sopor que bajaba su rendimiento. También tardó en dominar el paraguas, en Punta Arenas nadie lo usa, y cruzar una calle del centro de Santiago con ese artefacto fue todo un aprendizaje.

En 1983 vio un aviso, postuló a la Academia Diplomática y quedó seleccionado. Desde entonces, fueron 43 años vinculados a dicho quehacer.

Está casado hace 45 años con María Angélica Olgui, abogada, quien dejó su carrera cuando comenzó su vida en el extranjero y que lo acompañó en cada destinación. Se conocieron en la universidad. Tienen cuatro hijos: Angeles, Ignacia, Amanda y Aníbal. Dos son abogadas, una es periodista y decoradora, y el menor es profesor de inglés. Tienen cinco nietos: Dominga, Emi-

lia, Aníbal Santos, Lucas y María, todos en edad escolar.

“Puntarenas”

Su primer destino fue Costa Rica, en 1984. Allí descubrió una coincidencia: el principal puerto del país se llama Puntarenas. Sus hijas, que eran pequeñas y asistían al colegio en San José, le decían a sus compañeros que su papá era “Tico”, porque había nacido “en Punta Arenas”.

Ese país era un escenario noticioso: la Corte Interamericana de Derechos Humanos se estaba instalando, había guerras civiles en Centroamérica, el Presidente Oscar Arias estaba impulsando su plan de paz que le valdría el Premio Nobel. Daniel Ortega gobernaba Nicaragua, la Contra operaba con apoyo de Estados Unidos, y Violeta Chamorro estaba por ganar unas elecciones que el mundo miraba con asombro. Juan Barría lo vio todo desde su primer puesto diplomático.

De Costa Rica pasó a Perú, en el segundo año del gobierno de Fujimori, con el terrorismo de Sendero Luminoso en pleno apogeo y un brote de cólera. Luego volvió a Chile, al área de Tratados y relaciones con el Congreso, en los años 91 y 92 estuvo en la OEA como secretario.

Después vino el destino que recuerda con mayor emoción: el Vaticano. Estuvo cinco años. Llegó cuando Juan Pablo II todavía era autovalente y vio, de cerca, cómo el Papa fue deteriorándose progresivamente. También conoció al cardenal Ratzinger, que luego sería Benedicto XVI.

Fue testigo de la canonización del padre Alberto Hurtado, proceso que describe como “riguroso y largo”: hay que probar el milagro desde el punto de vista médico, acreditar la relación entre la sanidad y el futuro santo, pasar por revisiones estrictas: “Cuando llegué, aún no se había reconocido el milagro”, recuerda. La canonización convocó a cerca de ocho mil chilenos en Roma. También vivió la colo-



cación de una estatua de Santa Teresita en una de las ventanas de la Basílica de San Pedro. "Fue una experiencia maravillosa, de muchos eventos importantes", recuerda.

Embajador

Su primer cargo como embajador fue en Noruega, con concurrencia no residente en Islandia. Noruega lo recibió con algo familiar: el frío, la oscuridad, la nieve, los veranos interminables. "Me trajo muchos recuerdos de Punta Arenas y de Magallanes", dice. La agenda fue intensa: salmones, inversiones, viñedos de empresarios noruegos en Chile. Describe el país como extraordinario y con muchas similitudes con el nuestro. Fue también una experiencia familiar: sus cuatro hijos terminaron sus estudios secundarios en el extranjero, por decisión consciente de los padres, y luego volvieron a Chile a estudiar en la universidad. "Quisimos que tuvieran raíces en Chile y que se reencontraran con ellas", explica.

Luego fue jefe de gabinete del excanciller Heraldo Muñoz, de quien guarda buenos recuerdos: "Un jefe exigente, pero un gran ser humano". Volvió a la OEA como embajador y presidió el Consejo Permanente, el órgano que reúne a todos los embajadores de los países miembros, cargo que corresponde a cada país más o menos cada siete años. Durante su presidencia se logró aprobar una resolución condenatoria del gobierno de Maduro en Venezuela, y se inauguró la Semana de los Pueblos Indígenas y Afroamericanos de América. Cerró su carrera como embajador en Trinidad y Tobago, país estratégico para el abastecimiento de gas licuado en la región, con concurrencia en varios países del Caribe angloparlante y en Surinam. Allí también encontró el eco de Punta Arenas: varios ejecutivos de la industria del gas visitaban ese lugar.

El regreso a casa

Su último cargo fue como coordinador regional de Cancillería para Magallanes y la Antártica Chilena, destinación que describe como una de las mejores de su carrera. "Me permitió reencontrarme con compañeros del colegio, ver a familiares, primos que todavía me quedan, y hacer nuevos amigos", admite. También destaca haber conocido gente más joven, con un gran sentido regional y ganas de hacer las cosas bien. Antes de esta



Durante el mes de febrero, Juan Barría formó parte de un viaje a la Antártica con embajadores de países con ciudades puertas de entrada al continente blanco.

etapa, fue el primer diplomático de carrera en asumir, después de 1990, como director de la División de Derechos Humanos del Ministerio de Relaciones Exteriores. Ahora, con 43 años de servicio y la renuncia presentada voluntariamente, efectiva a contar del 15 de mayo, "se completa un ciclo", concluye.

Más de cuatro décadas recorriendo el mundo en nombre de Chile, siempre con

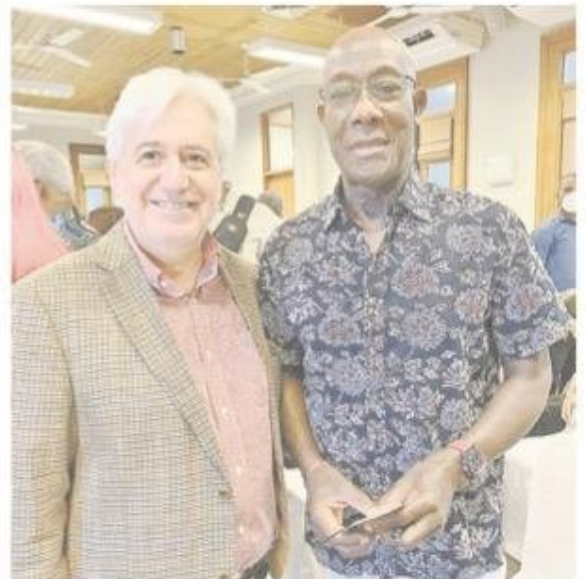
Punta Arenas como coordenada de origen. Juan Aníbal Barría García declara: "Siempre he sido muy orgulloso de mis raíces magallánicas". Primero Costa Rica, que tenía una ciudad con casi el mismo nombre. Luego Noruega, que tenía el mismo frío. Luego Trinidad y Tobago, donde los ejecutivos conocían su ciudad. La carrera de un diplomático que, en el fondo, nunca se fue del todo.



En el Consejo Permanente de la OEA, que presidió el primer trimestre de 2018, con los cancilleres de Belice y Guatemala que mantienen una controversia.



Con su señora, María Angélica Ojeda, en Barbados, donde era embajador no residente, en la celebración de su Día Nacional en 2022.



Con el exPrimer Ministro de Trinidad y Tobago, Keith Rowley.